estilo por un indio, que en ella refiere haberlo visto (que debía de ser mancebo cuando pasó y después de cristiano supo escribir y la escribió, como digo, con otras muchas cosas de que me he aprovechado para esta historia) y otra en mexicano y castellano, traducida por el padre fray Bernardino de Sahagún, refiriendo el destrozo y robo que padecieron los indios, sin dar más causa ni motivo que la codicia. El indio que escribió no la supo ni la averiguó y fray Bernardino le siguió, sin hacer reflexión sobre lo que trasladaba y por haber sido este castigo tan notable se mandó pintar en la sala del juzgado de los indios mexicanos (que llaman Tecpan) para escarmiento de los sucesores de los indios.

Avisó Pedro de Alvarado a Cortés del mal estado en que se hallaba, ponderándole la necesidad de socorro que tenía; y poco después llegaron los indios, despachados en Cempoalla, con la pintura de la vitoria que había alcanzado Cortés de Pámphilo de Narváez, de que Motecuhzuma no recibió pesar; pero disimuló el gusto. Los mexicanos, obstinados en su intento, daban a Alvarado y a los suyos todos los malos ratos que podían y aun a los demás españoles, pues habiendo llegado a Mexico el mensajero de Cortés a dar cuenta a Alvarado de su vitoria, le maltrataron y acosaron los indios tanto, que tuvo a maravilla volver a dar aviso acerca de lo que pasaba. Murieron en estos combates tres españoles y muchos indios.

CAPÍTULO LXVII. *De cómo le fueron nuevas a Cortés de lo que pasaba en Mexico y vino al socorro con buen ejército; y lo que ordenó en la Vera Cruz y cosas que sucedieron en el camino*

ALLÁNDOSE FERNANDO CORTÉS en la Vera Cruz, componiendo las cosas después de la vitoria, de manera que no sucediese alteración por el amor que conocía en mucha parte de aquella gente al adelantado Diego Velázquez, procedió en todo con blandura, porque la gente descontenta no entrase en alguna desesperación; y no estando muy lejos los capitanes Juan Velázquez de León y Diego de Ordás, yendo a las comisiones adonde los enviaba, llegó el castellano que había enviado de Mexico con el aviso de la vitoria que le había dado Dios contra Pámphilo de Narváez y refirió que los de Mexico estaban alterados y mostró algunas heridas que le habían dado y dijo que había escapado por milagro. Solicitaba a Cortés que fuese a socorrer a Pedro de Alvarado; decía que los indios habían quemado los cuatro bergantines que dejó acabados en Mexico; que derribaron un lienzo de la casa del alojamiento de los castellanos que con gran trabajo habían reparado; que minaron otro; que pusieron fuego a las municiones, levantaron las puentes, alzaron los mantenimientos, mataron a Peña, el querido de Motecuhzuma y con quien se holgaba mucho; que se habían defendido los castellanos y muerto muchos indios y que si algunas

veces no hubiera Motecuhzuma hecho señal que cesaran los combates (de miedo que le matara Pedro de Alvarado) ya fueran acabados. Continuaban los avisos de esta alteración y súpose que demás de Peña, quedaban muertos Valdivia y Juan Martín Narices, y Alvarado pedía socorro apriesa. Fernando Cortés sintió mucho este caso; dio orden en asentar de presto la Villa Rica junto a la mar; dejó en ella guarnición y en guarda de Narváez que quedó preso en ella con algunos de los soldados más bulliciosos. Avisó de lo que pasaba a Juan Velázquez de León y a Diego de Ordás y que hiciesen alto hasta otra orden. Habló a la gente, dijo el peligro en que estaban los castellanos de Mexico y la vergüenza que sería perder el pie que tenían tomado en aquella ciudad con que se había de hacer tanto servicio a Dios y al rey y quedar todos riquísimos; que se determinaba de partir luego a socorrer a Alvarado, que los que le quisiesen seguir tomasen armas, que se las mandaría dar. En esta tan urgente necesidad, amigos y no amigos, con gran voluntad se le ofrecieron y se armaron los que no lo estaban; y habiendo asentado las cosas de la Villa Rica, dejó en ella cien hombres; ordenó a los que había enviado a la sierra y a otras partes, para que en Tlaxcalla se juntasen con él. Proveyó los oficios; tomó muestra al ejército; dejó su hacienda en Cempoalla con los enfermos, para que despacio le siguiesen con treinta de guarda y en oyendo misa partió, acompañándole el señor de Cempoalla una legua. Llegó aquel día a la rinconada, el segundo caminó siete leguas. Llevaba más de mil y cien españoles y estando alojado en el campo, junto a un río, acudieron muchos indios con comida y de todos los lugares comarcanos se la iban llevando, hasta antes de entrar en la provincia de Tlaxcalla, que faltó; y porque todo el ejército no podía ir junto, mandó a Juan Márquez y Alonso de Ojeda que fuesen a Tlaxcalla a proveer de comida para los que quedaban atrás y a saber nuevas de Alvarado.

Llegados Márquez y Ojeda a Tlaxcalla, aquellos señores se holgaron de la vitoria de Cortés y de saber que iba bueno y con tantas fuerzas para castigar a los mexicanos. Dieron orden que se proveyese de vitualla, dijeron que Alvarado se defendía y había muerto muchos principales, que con la llegada del gran señor Cortés se apaciguaría todo y serían castigados los malos y ofrecieron gente para ayudar; y porque el ejército había de caminar aquel día diez leguas y no podía haber bastimentos, salió Ojeda al camino con mil y doscientos hombres cargados de agua, gallinas, pan y frutas y entre unas casas de otomíes oyó un petral de cascabeles; púsose a escuchar, porque aún no era amanecido y reconoció que era Fernando Cortés, que le recibió muy alegre; díjole lo que había entendido y lo que llevaba y apeóse del caballo; comió con los demás que con él iban, de una gallina fiambre; dijo que iba a Tlaxcalla, que caminase apriesa por el despoblado, porque la gente iba hambrienta. Topóse con un soldado, dicho Santos Fernández, dijo que la gente iba tan necesitada que moría, si no se daba priesa, en especial de sed. Topó luego con Christóbal Pregonero y con su mujer, hallólos en el suelo medio muertos, echóles agua en el rostro, dioles de beber y de comer de un ave, con que volvieron en sí. Cortés

llegó a Tlaxcalla a diez y siete de junio, fue muy bien recibido, aposentáronle en casa de Maxixcatzin; no le supieron decir sino que la causa de la revuelta de Mexico debía de ser la mala digestión de aquella gente; ofreciéronle su ayuda, rogáronle que mirase mucho por sí y agradeciéndoselo mucho no vía la hora que su gente llegase. Prosiguió Ojeda su camino, a unos hallaba cansados, a otros despeados, a otros echados en el suelo, de tres en tres y de cuatro en cuatro, muy hambrientos y con gran sed. Detuviéronlos en un pinar, encendieron fuego, comenzaron los indios a asar gallinas y refrescar la gente. Quedó Diego Moreno con los que allí se habían topado, pasó después con refresco adelante. Ojeda iba socorriendo a los que topaba y con esta ayuda pudieron recogerse todos en el pinar, adonde comieron y descansaron, dando gracias a Dios y contando sus trabajos. Prosiguieron su camino a Tlaxcalla, adonde los aguardaba Cortés; tomóles muestra, halló mil peones y cien caballos (aunque en este número muchos varían) y continuando su camino envió a fray Bartholomé de Olmedo para que de su parte significase a Motecuhzuma el sentimiento que tenía, porque teniendo en su protección aquellos pocos castellanos, permitiese que los maltratasen; y según dice Ojeda en sus *Memoriales*, no hubo cosa de consideración hasta Tetzcuco, adonde llegaron a las nueve de la mañana; hallaron casi sin gente y la que había les mostró mal rostro. Detúvose allí cuatro días el ejército y llegó una canoa de Mexico que había salido de noche con dos castellanos, que eran Santa Clara y Pedro Hernández, dieron larga cuenta de lo pasado; dijeron que había trece días que no combatían a Pedro de Alvarado y que no habían muerto más de los tres castellanos referidos. Creyóse que con la llegada de fray Bartholomé de Olmedo y nuevas del ejército castellano era acabada la guerra. Escribiólo a la Vera Cruz y a los que quedaban atrás con su recámara, con que ellos y los demás, que andaban derramados por la tierra, se aseguraron. Salió Cortés de Tetzcuco, paró en Tapeaquilla, que es ahora Nuestra Señora de Guadalupe, lugar a una legua de Mexico y a la entrada, pasando por una pontezuela, metió el caballo de Solís Casquete la pierna por entre dos vigas y se le hizo pedazos y quedó colgado y Solís saltó en el agua; miraron muchos en esto, especialmente Botello y tuviéronlo por mal principio, aunque Cortés lo interpretaba bien. Hallaron mucha comida y la gente ausentada.